

# Puebla, una Etapa de la Vida de la Iglesia

Conferencia pronunciada en el Círculo Romano

*Mons. Alfonso López Trujillo*  
*Secretario General del CELAM*

## I - La preparación de Puebla

Nuestra Iglesia de América Latina se prepara a celebrar un acontecimiento que dejará su honda impronta pastoral, por no pocos años, y tendrá su peculiar repercusión en la vida misma de nuestros pueblos. Hay clara conciencia de que la Iglesia tiene, a partir de su vocación evangelizadora, una tarea trascendental que cumplir en servicio de nuestros países. Si es dable decir, en general, como leemos en la Carta a Diocneto: "Los cristianos son en el mundo lo que el alma en el cuerpo... Ellos son los que mantienen la trabazón del mundo", porque el anuncio del Evangelio representa el más vigoroso germen de unidad, de comunión, de participación, en un continente católico como el nuestro, la presencia de quienes por la fe están congregados en el pueblo de Dios, adquiere una especial significación.

La III Conferencia General ha sido benignamente convocada por S.S. Pablo VI para el próximo mes de Octubre y tendrá lugar en Puebla de los Angeles, México. Es un hecho eclesial para el cual se preparan nuestras comunidades, desde el momento mismo en que el Señor Cardenal Sebastiano Baggio, Prefecto de la S.C. para los Obispos y Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina (CAL) hizo el anuncio en la XVI Asamblea General del CELAM, en Puerto Rico, según el cual el Sumo Pontífice, a los 10 años de la Conferencia de Medellín, es decir en el presente, tenía la voluntad de realizar esta nueva Conferencia.

Los Presidentes de las Conferencias Episcopales, en número de 22, los Delegados al CELAM y los Directivos del Organismo, allí presentes, acogieron tal anuncio como una nueva expresión de la paterna dilección del Sucesor de Pedro hacia nuestras Iglesias que cuentan hoy con cerca de 300 millones de católicos.

En Puebla se darán cita, en representación de cerca de 900 Pastores, aproximadamente 250 Obispos. Se tendrá la anhelada colaboración de presbíteros, diáconos permanentes, religiosos (as), y la estimulante presencia de miembros de la Pontificia Comisión para América Latina, de representantes Pontificios en nuestro Continente e invitados de los Consejos continentales, de algunas Conferencias Episcopales y de Organismos de Ayuda. Personalidades de algunas Iglesias cristianas y del judaísmo han sido también invitadas en calidad de observadores.

Dos Conferencias Generales han precedido a la de Puebla: la primera en Río de Janeiro, en 1955, que creó precisamente el CELAM; la segunda, en Medellín (Colombia) en 1968, que tuvo por tema "La Iglesia y la transfor-

mación de América Latina, a la luz del Concilio", ha representado, como Pablo VI lo anunciaba en su discurso inaugural, "un nuevo período de la vida eclesial". Medellín ha sido una transfusión de la tensa riqueza del Concilio, fiel y creativamente aplicada a la tarea de permanente construcción de la Iglesia en el corazón de la historia, en nuestro Continente. La Conferencia de Puebla, en plena coherencia con la de Medellín (no podría ser de otro modo, *siendo el mismo espíritu eclesial el que la anima* y la misma voluntad de servicio en sus Pastores) tiene como inmediato telón de fondo la variada experiencia de la Iglesia Universal, las claras orientaciones emanadas de los últimos Sínodos, particularmente el de Sacerdocio y la Justicia (1971), de la Evangelización (1974) y de la Catequesis (1977). Su marco esencial también está constituido por la activa dinámica pastoral que ha caracterizado la presencia de la Iglesia en este período, con su sello de reflexión, y sus aportes en medio de limitaciones y de tensiones que no son desconocidas. Todavía con perfiles más claros se ha ido delineando la semblanza de una Iglesia, con su vocación original, en su decisión evangelizadora, desligada de los poderes y dócil a las mociones del Espíritu. Una Iglesia que entiende que su razón de ser es el anuncio del Reino con su fuerza fecundante, creadora de comunidad, de auténtica fraternidad.

El tema designado por el Santo Padre no podía ser más oportuno: "La Evangelización en el presente y en el futuro de América Latina". Este tema entraña la especificidad de la III Conferencia, ubicada en una especial perspectiva histórica. La evangelización, tal como fue concebida por el Sínodo Episcopal y por la síntesis magistral de la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*. Una evangelización, integralmente concebida, que poniendo en primer lugar el anuncio íntegro, fiel, del Evangelio, sabe proyectarse hacia la vida misma de nuestros pueblos.

Dos escollos hay que evitar, respecto del tema asignado: por una parte, tomarlo en forma tan general que únicamente se convirtiera en ocasión de balance general de actividades, con el riesgo de que sea suplantado por algunos temas específicos, por importantes que puedan ser. Y por otro, restringir la evangelización a lo meramente religioso, de tal manera que se negara cabida a la reflexión sobre temas que tienen grande incidencia en la vida de la Iglesia, o se evadieran la realidad y las tendencias históricas, dentro de las cuales la Iglesia —no sin tensiones— debe anunciar la realidad del único Salvador, Jesucristo, plenitud del amor del Padre, que ha puesto su morada, su tolda de beduino, entre nosotros. En virtud de su capacidad evangelizadora, la Iglesia entiende cuál es la profundidad de su servicio a nuestras naciones. Esto constituye una viva conciencia entre nosotros. Podemos decir con Paul Claudel: "La esposa de Cristo no cesa de tener conciencia de esta humanidad cuyo destino ella lleva en su regazo". Tal realidad se experimenta ya desde el momento mismo en que se inició la siembra evangélica por abnegados misioneros. Nuestra Iglesia está cosida, por así decirlo, a toda nuestra historia, y es partícipe de su suerte, de su destino, de sus logros y vacíos, de su futuro.

Hemos de considerar la evangelización con una visión de presente, en primer lugar. Para ello es necesario (y hacia este objetivo están encaminados no pocos de los esfuerzos) obtener una visión realista del momento, en sus distintos aspectos y dimensiones. ¿Cuál es la forma de nuestra presencia? ¿Cómo la Iglesia, en su acción pastoral, que tiende a la creación de la comu-

nidad, se manifiesta como Sacramento de la comunión con Dios y con los hombres? ¿Cómo contribuir a que la fe profundice sus raíces y penetre la totalidad de la vida? ¿Cómo superar, donde exista el "analfabetismo de la fe", haciendo que nuestras comunidades sean fecundas en sus propios evangelizadores? ¿Cómo integrar, en los desafíos del presente, el universo de la fe en las exigentes tareas de un desarrollo integral, de una auténtica liberación cristiana que no caiga ni en reduccionismos ni en ambigüedades y que acentúe la identidad y la cohesión eclesiales?

El presente, sin embargo, no puede agotar nuestra preocupación. Una mirada del futuro se impone hoy con particular exigencia. Nos encontramos en el umbral del tercer milenio desde el nacimiento de Cristo y en América Latina estamos próximos a celebrar los primeros cinco siglos de evangelización. Son fechas de verdad sugerentes. Ha habido profundas transformaciones en América Latina. Para no referirme, en este momento, sino a una de ellas, ha habido un muy acelerado paso de una civilización rural a una urbano-industrial. Esto implica una adecuación no fácil, prudente para las nuevas circunstancias. No se puede anunciar el Evangelio exactamente de la misma manera en los medios rurales y en nuestras grandes urbes. Y aún los sectores rurales están invadidos ya por un influjo de modos de pensar típicamente urbanos. Es, al menos, un proceso incipiente. En una perspectiva histórica afloran preguntas acuciantes: En primer lugar, ¿cómo leer nuestra historia pretérita, con objetividad, para recoger lecciones provechosas, sin incurrir en ese tipo de desfiguración (proveniente de ciertas ideologías) que harían ver el trabajo de la Iglesia en estos siglos como una vasta empresa de alienación? ¿Cómo tutelar el alma cristiana, más aún católica, de nuestros pueblos haciendo que adquiera más consistencia, de tal manera que, recogiendo la observación del Santo Padre respecto de la evangelización de las culturas (Nº 20), el encuentro con nuevos moldes de civilización, con el mismo pluralismo, en el cual también parece tomar asiento en ciertos sectores la tendencia o la corriente secularista, pueda esta "alma cristiana", informar el conjunto, penetrarlo de su espíritu y dar un suplemento de alma, de fe, de auténtico humanismo a los procesos sociológicos que están en curso?

La convergencia histórica en que nos encontramos se limita también, en cierta manera, el alcance y la importancia de la Conferencia de Puebla. América Latina ha entrado de lleno en el concierto mundial y muy particularmente nuestra Iglesia que mucho ha recibido en el pretérito tiene hoy la conciencia de poder ofrecer también algo de su propia fisonomía y experiencias a esta comunión de comuniones que constituye la Iglesia Universal. No importa insistir en lo que representa, cuantitativamente, el catolicismo latinoamericano (quizás hoy un 43% del catolicismo mundial), y lo que representará en el inmediato futuro, con el acelerado crecimiento demográfico. Es mucho más interesante percibir, si no nos equivocamos, la significación que puede tener nuestra Iglesia en el conjunto del Tercer Mundo, como única región mayoritariamente cristiana y católica. Las directrices pastorales de Puebla no dejarán de tener repercusión quizás en otras Iglesias. Aunque hay muchos problemas específicos, hoy, sobre todo a nivel de ciertas confrontaciones con las ideologías, y en cuanto al planteamiento de cuestiones económicas, políticas, culturales, en sus líneas más generales, son cuestiones que preocupan a todo el mundo y que rebasan con mucho nuestras propias fronteras. Si algo hemos

podido percibir en esta etapa de preparación es cómo en muchas Iglesias y en numerosos núcleos, no los deja indiferentes, lo que Puebla puede ser. Son preguntas que nos formulamos sin ningún afán de originalidad sino más bien con sentido de responsabilidad como corresponde a Obispos que saben que su función integra a la vez el servicio a las Iglesias particulares en la ordenación esencial a la Iglesia Universal. Es algo que se percibe también como una nota distintiva de nuestros fieles que encuentran en su identidad católica la manera concreta de ser cristianos y de responder, en la pertenencia a la Iglesia, a la llamada del Señor. Afortunadamente existe la certidumbre de que la unidad de nuestra Iglesia pasa necesariamente por la unidad del colegio episcopal que tiene su principio visible de cohesión en el Vicario de Cristo. Aunque se ha pasado, como en muchas partes, por oleadas de contestación, casi instintivamente nuestro pueblo, con una mirada de fe, sabe distinguir cuáles son las referencias y los criterios fundamentales para determinar su comportamiento pastoral.

Nos hallamos en un intenso momento de *reflexión total*, para emplear la expresión de Pablo VI en el discurso inaugural de la Conferencia de Medellín. Esta reflexión será positiva en la medida en que se aparta de las certidumbres a las cuales no podemos renunciar y si abre un espacio propicio para un diálogo eclesial, fundado en la fidelidad al Espíritu que permita desde la absoluta prioridad de la misión evangelizadora captar en una nueva y formidable síntesis lo que representa nuestro compromiso. Sería estéril contraponer: fidelidad a la suerte de nuestros pueblos y fidelidad a la Iglesia; compromiso con la liberación integral de aquellos y los principios orientadores del Evangelio o la Enseñanza de la Iglesia.

Hay que mostrar cómo la Iglesia, en su multiforme presencia, brinda el mejor servicio precisamente cumpliendo su misión sin alteraciones, sin sustituciones, sin concesiones, con apertura a las diferentes corrientes y sin actitudes complacientes. Conserva toda su vigencia la palabra del Papa cuando dice: "No hay por qué ocultar, en efecto, que muchos cristianos generosos, sensibles a las cuestiones dramáticas que lleva consigo el problema de la liberación, al querer comprometer a la Iglesia en el esfuerzo de liberación han sentido con frecuencia la tentación de reducir su misión a las dimensiones de un proyecto puramente temporal; de reducir sus objetivos, a una perspectiva antropocéntrica; la salvación, de la cual ella es mensajera y sacramento, a un bienestar material; su actividad —olvidando toda preocupación espiritual y religiosa— a iniciativas de orden político o social. Si esto fuera así, la Iglesia perdería su significación más profunda. Su mensaje de liberación no tendría ninguna originalidad y se prestaría a ser acaparado y manipulado por los sistemas ideológicos y los partidos políticos. No tendría autoridad para anunciar, de parte de Dios, la liberación" (E. N. N° 32).

## II. El Documento de Consulta

Permítanme ahora hacer un esbozo de lo que es el Documento de Consulta, enviado a todas nuestras Iglesias en Diciembre del año pasado y que representa, así sea en su provisoriedad, un esfuerzo de reflexión que ha tenido como fuente, en sus principales temas, el pensamiento mismo y las recomendaciones de nuestros Episcopados.

Indicaba al comienzo cómo las Conferencias Episcopales fueron invitadas a una participación corresponsable. Lo hemos hecho fundamentalmente a partir de las Reuniones Regionales, en las que se han dado cita representantes muy calificados de las diferentes Iglesias. Después de un proceso de sistematización y elaboración, siguiendo los criterios para el desarrollo de las distintas unidades propuestas, se redactó un sencillo libro que hoy está siendo estudiado por miles de latinoamericanos a fin de contribuir con aportes que se esperan para finales de este mes de parte de las mismas Conferencias. Estos aportes se integrarán en el Documento de Trabajo que no es la base redaccional del futuro Documento o Conclusiones de Puebla, sino un instrumento para registrar, al menos en los tópicos más sobresalientes, el pensamiento de nuestros Episcopados. En tal sentido, incluso la próxima redacción será un material auxiliar de gran importancia.

El Documento de Consulta cuya presentación estuvo a cargo del Presidente del CELAM y que fué revisado por los Obispos Directivos del Organismo, tiene tres grandes partes; la primera, se denomina "Situación general", la segunda, "Marco Doctrinal", a su vez dividida en dos grandes capítulos, a saber: el marco teológico y el marco (consagrado a la Doctrina Social de la Iglesia) que lleva por título "Evangelización y convivencia humana". La tercera parte presenta esquemáticamente una serie de aspectos pastorales.

No pretendo dar una visión completa de este Documento. Simplemente una rápida ojeada, para el diálogo consiguiente.

1. La primera parte, *Situación general*, se inicia con un rápido recorrido, dedicado a la historia de la evangelización preferentemente en sus grandes momentos episcopales, no por pensar que la historia de la Iglesia se reduzca a su actividad episcopal, sino porque, tratándose de una Conferencia de Obispos, se veía muy lógico privilegiar ese servicio en el cual —en cierta forma— se sintetiza la labor de la Iglesia, ya que el Obispo *representa*, hace presente la vida misma de la comunidad. En esta rápida visión histórica se quiere mostrar cómo la evangelización penetró profundamente a pesar de limitaciones de todo género, y del mismo misterio de la iniquidad y del pecado, el alma de nuestras gentes. Se hace observar cómo desde los comienzos la Iglesia hizo florecer su predicación evangélica en una llamada a la fraternidad, y en la defensa de los derechos de los más pobres, de nuestros indígenas, de los sectores marginados.

Integrada a esta primera parte, se adelantan "elementos para un diagnóstico de la realidad latinoamericana". No pretende ser una mirada exhaustiva sino más bien una indicación esquemática de distintos fenómenos y factores que generan la actual realidad latinoamericana en sus variadas dimensiones económica, política, social, etc. Estos elementos están ampliados en un libro Auxiliar, para estudio, que lleva por título "La Iglesia y América Latina: Cifras" con datos, cuadros y síntesis suficientes, sobre todo en la realidad socio-religiosa del Continente.

Conviene advertir que no se emplea como instrumental especial el que derive de alguna teoría específica en estos campos. Se tiene en cuenta la complejidad de las situaciones y la variedad de los factores, que solamente en su convergencia pueden dar razón adecuada de los fenómenos. Es bien sabido cómo en el análisis social hay teorías que se disputan la exclusividad de un nivel científico, como ocurre entre la estructural, la funcionalista y las teorías de conflicto social. En el campo económico, sobre todo en América Latina, además del debate

entre diversas escuelas hay quienes pretenden privilegiar la teoría de la marginalidad, las teorías del desarrollo, en distintos autores o, especialmente, las teorías de la dependencia, algunas de las cuales quieren explicar el hecho innegable de la dependencia, en distintas vertientes, con las teorías particulares que pretenden explicar el subdesarrollo latinoamericano como algo causado únicamente por el desarrollo de los países capitalistas. El fenómeno del desarrollo sería así algo exclusivo de la órbita capitalista. Tal tendencia, difundida por G. Franck, adolece de fuerte influencia ideológica del marxismo. Tampoco, en el campo político, se echa mano del instrumental que suelen emplear los politólogos para sus análisis.

La razón de estos apartes radica en la importancia que ellos tienen para una evangelización "situada", encarnada en los problemas dramáticos de nuestras naciones. Estos son a la vez condicionantes de la acción pastoral y retos que emergen para la acción de la Iglesia. A pesar de lo sumario y provisorio del cuadro, salta a la vista que el panorama es más completo que el ofrecido por los documentos de Justicia y Paz de la Conferencia de Medellín. Recoge fundamentalmente los mismos temas y muestra la situación actual, en muchos casos empeorada.

Se tiene conciencia de que cada uno de los asuntos aquí tratados podría dar base para un estudio completo, de carácter científico y enciclopédico. No es ésto lo que interesa sino el esbozo de un marco para la pastoral.

Me referiré solamente a algunos aspectos.

En cuanto al *fenómeno económico* se reconoce un mejoramiento, un franco avance global, en casi todos nuestros países. Es el testimonio de Centros de investigación especializados. Empero este progreso no ha irrigado los sectores marginados especialmente los campesinos, los indígenas, los grandes cinturones de miseria que circundan nuestras grandes urbes, de tal manera que las *desigualdades hirientes* y la "miseria no merecida", incluso por efecto de un mayor contraste, se ha tornado más dramática y conflictiva. En efecto, *la brecha entre pobres y ricos* se ha ensanchado. Unos pocos poseen ingentes riquezas, mientras, muchísimos carecen de los bienes indispensables para su subsistencia. No se trata de una pobreza tolerable, sino en una vasta proporción, de una *extrema pobreza*, ubicada en niveles inferiores a la llamada línea internacional de la pobreza. El Documento recuerda que tal situación "constituye una amenaza real y potencial para la estabilidad social y crea tensiones insoportables en las grandes masas de la población... El hecho de la extrema pobreza en que viven casi 100 millones de cristianos en América Latina, es un desafío de enorme gravedad para la evangelización; para la vivencia real de la fraternidad y la solidaridad" (Nos. 141, 146). Se habla hoy mucho del "costo social" del desarrollo económico. Consideramos que ese costo social, tal como se está pagando en varias naciones, regiones y dentro de los mismos países, es injusto, por tanto, "rechazo del don de Dios" y de urgente remedio.

Se mencionan otros problemas económicos y sociales, como la inflación, el desempleo, la escasez de vivienda, la desnutrición, que golpean severamente a los sectores más pobres. Se observa, en general, la falta de vigor en la aplicación de proyectos de reformas estructurales, como la reforma agraria, la reforma de la empresa, la tributaria, etc. Estas y otras reformas indispensables por distintos motivos y contingencias, al no complicarse generan nuevas frustraciones.

Tal panorama explica la importancia que se da en el Documento al tema de los pobres, en su connotación sociológica y económica, y a las exigencias de la participación económica, según los principios de la Doctrina Social de la Iglesia que entierra sus raíces en la Enseñanza de los Padres y que aflora con especial vigor en la Encíclica *Populorum Progressio*: la destinación común de los bienes. En otras palabras, se aboga por el retorno a la original concepción del sentido cristiano de la propiedad que tiene en cuenta fundamentalmente el derecho de los indigentes. Los Pastores no necesitan recurrir en su acción por la justicia sino a una renovada conciencia evangélica, a su enseñanza social, con el uso prudente de las mediaciones científicas y con el aporte de los expertos cristianos, para invitar a un nuevo y gigantesco esfuerzo de solidaridad. Esto tendrá que mostrarse más eficaz, y sobre todo más evangélico que las invitaciones a transitar por los caminos que desbroza el análisis marxista.

En cuanto a *lo político*, haría resaltar dos fenómenos que me parecen centrales y que aborda el Documento de Consulta:

—El relativo a las relaciones internacionales, que generan de parte de los países desarrollados, sobre todo de los más poderosos, mecanismos de dura dependencia. Esto se señala como uno de los factores más graves (Nº 189). Ciertamente no el único, porque hay factores históricos, étnicos, culturales, etc. que también registran su importancia. Al respecto habría que analizar el esfuerzo y la viabilidad que, al menos en sus grandes líneas, representaría un "nuevo Orden económico internacional", propugnado por los países del Tercer Mundo. Mantiene todo su vigor profético, en cuanto a esta relación, la Enseñanza de Pablo VI en la *Populorum Progressio*.

—Una de las mayores preocupaciones en cuanto a la relación política entre los países de América Latina, está en que por una parte se levanta el ideal de la integración, al menos en ciertos niveles de nuestros pueblos y por otra, más allá de rasgos de solidaridad, positivamente activados en determinadas situaciones coyunturales, en no pocos casos nuestras fronteras se constituyen en penosas zonas de tensión. Se genera entre pueblos hermanos la desconfianza, la incomprensión y aún la hostilidad, con el consiguiente perjuicio para la promoción integral y para que, en un concierto armónico, los países de América Latina tengan voz más audible, y que sean atendidos. El ritmo en nuestros distintos países y regiones no es similar. Algunos tienen el proyecto de convertirse, en un futuro no lejano, en potencias. No se excluye el temor y aún los riesgos que ésto puede provocar en nuestra vasta geografía política. La Iglesia en el campo de la integración sabe que ha sido históricamente un poderoso factor de unidad, quizás el más consistente hasta el momento y que puede volcar su presencia y su peso moral para que procesos de disgregación se conviertan más bien en corrientes cohesionantes, en donde los peligros de enfrentamiento, la insensatez de la carrera armamentista que gravita pesadamente sobre los más pobres, pasen definitivamente.

—Otro aspecto importante se relaciona con el estado actual de nuestra *democracia*. Se observa la proliferación de regímenes militares, cuya forma y motivación de acceso al poder registra variedad y típicas peculiaridades. Es sabido, sin que ésto en el Documento de Consulta represente una justificación, que "estos regímenes han surgido en muchas partes como reacción frente al cauce económico y social que amenazaba la convivencia ciudadana allí donde el tejido

social estaba seriamente estropeado. Ninguna sociedad resiste el vacío de poder..." (No. 174). En algunos países, con diversas formas, se registra el sistema o la ideología, —como la llaman algunos— de la "Seguridad Nacional". A este tema, se dedica en otra parte, algunos números, en un esfuerzo por detectar las causas de surgimiento y por delinear su sistematización. Es obvio que hay que propender por una seguridad bien entendida, pero la Iglesia, en virtud de su profundo respeto al hombre, imagen de Dios, ve con reticencia y aún con dolor el agigantamiento del poder del Estado, la concentración de los poderes tradicionales en uno solo y la concepción de que no es la persona humana y los grupos sociales, sino el Estado, la fuente de los derechos. En todo esto hay de por medio, además de la exigencia de un diálogo permanente y respetuoso, una especial visión, peculiar, "del hombre y de la humanidad", que obliga a la Iglesia a dar su aporte para la convivencia social, para la paz, en el respeto profundo de los derechos humanos, no por intereses políticos sino por razones evangélicas.

Se piensa que, según las orientaciones de la enseñanza social de la Iglesia, el ahondamiento en los valores de la democracia, de una "nueva democracia", según la afortunada expresión de Pablo VI, es un imperativo para el porvenir de nuestros pueblos. Democracia significa ante todo un espíritu de participación en las grandes tareas, en las grandes decisiones, que implican necesariamente la realidad y la forma de instituciones consagradas ya por la conciencia social. En tal sentido se recoge como un promisorio anuncio la noticia de que en varios países de América Latina comienzan los esfuerzos conducentes para el retorno a estas formas de participación.

La Iglesia no quiere situarse en estos campos en plan de disputa altanera y menos suscitar procesos de conflictualidad, sino trabajar lealmente, entendiendo que esta es una forma de cooperación en el bien común y en la misión que respecto de éste compete a los poderes, de tal forma que desde el Evangelio pueda configurarse una sociedad de paz, de justicia, de libertad. Esto vale no sólo para algunos países, sino para todos aquellos en que, con diferentes programas, sistemas, ideologías, la situación política está en una situación de asfixia, incipiente o avanzada. La defensa de los derechos humanos exige su integralidad y su tutela sin discriminaciones ni acomodaciones.

Todo ésto será viable si la dinámica de una conciencia cristiana ayuda a que se abran nuevos caminos de concordia y si los gobernantes, especialmente quienes se consideran hijos de la Iglesia, entran decididamente a propiciar lo que se ha dado en llamar una nueva civilización.

Con este tema se cierra precisamente la primera parte del Documento de Consulta. En ella se advierte lo que implica el paso de lo agrario-urbano a lo urbano-industrial con el nuevo tipo de cultura, de condicionamientos, de desafíos que constituye la unidad final de este aparte, que lleva por título "Evangelización y nueva civilización". El tiempo impide detenernos en ella.

2. La segunda parte, está compuesta, como se indicaba, por el *Marco doctrinal* y el marco de la doctrina social, con el título "Evangelización y convivencia social".

En razón del tema, el marco doctrinal es indudablemente el eje del Documento. Representa la reafirmación de fe del contenido esencial de la predicación y el criterio para el discernimiento de la situación antes mencionada y del estado actual de nuestra pastoral en las distintas áreas de presencia de la Iglesia. El

atribuir a esta parte el rango más significativo es también una opción clara: no hay pastoral consecuente que no se sustente en lo que la Iglesia cree y anuncia, es decir, no hay praxis coherente eclesial que no se derive de su doctrina. De lo contrario, la pastoral se confundiría con el "practicismo" desvertebrado. Una reflexión muestra cómo hoy todo está interrelacionado, en la forma más estrecha, y cómo las distintas posiciones teológicas dibujan el rostro de las actividades pastorales.

La doctrina no es una fría afirmación de verdades, ubicadas en un nivel abstracto. Se sabe, por otra parte, que el cristianismo es, ante todo, la adhesión de fe a la persona de Cristo, Hijo del Padre, que difunde su Espíritu, y en virtud de esa adhesión es la aceptación vivida de las verdades que El anuncia, realidades que dan la más honda significación a la vida. El misterio del hombre, tema familiar a la reflexión conciliar, es solo penetrable a partir de la aceptación del misterio de Dios.

El marco doctrinal, sobre todo en su sencilla presentación teológica, tiene como permanente fuente de inspiración la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*. No debe extrañar, por tanto, que sean numerosas las referencias explícitas que se hacen a este magistral Documento. Ya había advertido, anteriormente, acerca del peligro de dejar en un puesto secundario el tema específico de la Conferencia de Puebla. Una de las maneras de incurrir en ello sería restar importancia al nivel doctrinal, al margen de lo que es permanente insistencia de la Iglesia. Pensar que lo doctrinal estuvo lejos del interés del Concilio, argumento que suele esgrimirse, sería ignorar la entraña misma de Constituciones Dogmáticas como *Lumen Gentium* y la raíz profunda del trabajo renovador del mismo. Tampoco Medellín fué remiso en cuanto a puntualizaciones de carácter doctrinal, teológico. Ya Pablo VI, en su inauguración, hablando de las "insidias contra la fe" ponía en guardia respecto del "Vacuum" producido por el abandono de una reflexión seria que hace que "estemos tentados de historicismo, de relativismo, de subjetivismo, de neo-positivismo, que en el campo de la fe crean un espíritu de crítica subversiva y una falsa persuasión de que para atraer y evangelizar a los hombres de nuestro tiempo, tenemos que renunciar al patrimonio doctrinal, acumulado durante siglos por el Magisterio de la Iglesia y de que podemos modelar, no en virtud de una mejor claridad de expresión sino de un cambio del contenido dogmático, un cristianismo nuevo, a medida del hombre y no a medida de la auténtica Palabra de Dios...". En las Conclusiones de Medellín hay siempre un núcleo, fácilmente perceptible, de afirmación doctrinal con oportunas precisiones. Cualquiera sea el destino de los Documentos para la preparación de la Conferencia de Puebla no se ve cómo una bien entendida ortodoxia que anime la ortopraxis, pueda estar ausente.

El *marco teológico* se abre con el tema de la Buena Nueva de Dios: Dios que habla a los hombres y revela su designio y providencia. La providencia es un modo de la paternidad de Dios. ¡Cómo la experimentó, cercana y actuante, Jesús! E incluso, al nivel de la filosofía "perenne", la tesis de la providencia ha sido admirada como un fruto espléndido. En un pueblo, como el latinoamericano, la actitud hacia la providencia de Dios, que no se debe confundir con un falso providencialismo, con el fatalismo o con una llamada a la resignación o al conformismo, es un valor fundamental que no podemos dejarnos arrancar por el proceso de industrialización y por los rasgos de una cultura científica moderna, sin contradecir algo muy íntimo del ser, del alma latinoamericana. En ningún

momento se ha querido dar pábulo con ésto, a la "ilusión de una nueva cristiandad", sea cual fuere la caracterización de ese término, hoy cargado de vaguedad y ambigüedades. Simplemente se trata de ratificar el derecho de creer, de esperar, de relacionarnos en la cercanía con el Dios que entra en nuestra historia, que nos ama como hijos, cuya mano confiada tomamos, a quien somos capaces de llamar Abbá, Padre. Desde esta actitud de confianza filial y de disponibilidad es posible dar al proceso de industrialización un sentido humano, no helado y desencarnado; y a quienes se constituyen como impulsores del mismo, un compromiso de coherencia para que todo esto redunde en beneficio de nuestros hermanos más pobres, más pequeños, haciéndonos como mano de la providencia de Dios. No hay oposición sino plena complementariedad entre el Dios providente y el Dios liberador integral, en Jesucristo. Cualquier tipo de oposición o de acentuación, con olvido del resto, sería un duro atentado contra la integralidad de la fe.

El cristiano, además, no debe pagar cuotas imposibles a una razón científica que querría dominar todas las vertientes de la existencia, ni al secularismo, versión atea de la secularización. La secularización, en sus aspectos positivos, como también en sus riesgos, no es algo marginal y desgajado de la presencia de la fe.

Se ha intentado hacer una catequesis en las unidades dedicadas al tema "Dios nos habla y reconcilia con su Hijo Jesucristo". Es una catequesis sobre Jesús de Nazareth, primer Evangelizador, que anuncia el Reino del Padre, Reino que en El irrumpe. Es catequesis de Jesucristo Salvador, hombre, Dios, hermano nuestro, constituido en Señor por el misterio de la pascua. Hay una clara afirmación de la humanidad y de la divinidad de Jesús. Podría parecer algo redundante e innecesario para quien no capte hoy ciertas corrientes en el problema cristológico, no sólo en Europa, sino también, con esfuerzos incipientes, en América Latina, algunos válidos, otros en exceso ambiguos, respecto de cuestión tan capital. ¿En qué Cristo creemos? ¿Cómo se nos es presentado Cristo en los Evangelios que traducen la fe de la Iglesia a partir de acontecimientos objetivos? ¿Cómo se comporta Jesús ante la realidad de su tiempo, ante los sistemas, ante la dominación romana? Son asuntos que no dejan indiferente al cristiano de hoy. Hay quienes, insistiendo en la humanidad del Señor, llegan a poner entre paréntesis, para emplear la expresión de Husserl, la realidad de su divinidad, o interpretan su humanidad, privilegiando el conflicto social, a la manera de un liderazgo político, como si Jesús se hubiera empeñado en un programa de esta naturaleza.

Los sencillos y profundos estudios de Oscar Cullmann, lograron sanar, en buena parte, los intentos de presentar a Cristo como un revolucionario, como "el Subversivo de Nazareth". Ha habido una agitada reflexión en este campo. Pero sigue habiendo, también en América Latina, quienes interpretan el misterio de la Pasión del Señor en clave fundamentalmente política, vaciando aspectos esenciales de su contenido religioso, salvífico. ¿Cómo no subrayar lo que es el pensamiento y la fe de la Iglesia? Por otra parte, hay quienes por recalcar la divinidad del Señor, olvidan la realidad de su humanidad. Y lo hacen recurriendo incluso a un mal empleo, dislocado, del sentido mismo de lo religioso. La reafirmación cristológica hoy requiere una síntesis que se traduzca no sólo en adecuada presentación teológica sino en diáfano comportamiento pastoral. En el último

Sínodo de los Obispos, varios Pastores de América Latina insistieron en el particular.

Serenamente el Documento de Trabajo quiere articular una respuesta sobre este conjunto de puntos. Los aportes de los Episcopados enriquecerán todo esto, dándole mayor dinámica, articulación y fuerza atractiva.

El Espíritu y la Iglesia ocupan la última parte del marco teológico. Se recorren temas de mucha importancia, como lo relativo al Pueblo de Dios, concebido en forma integral; al pueblo que peregrina en América Latina, con su incidencia y peculiaridad. Es una parte enriquecida con una serie de normas de fe en la Iglesia que sirven de criterio para el discernimiento. Podríamos decir que aquí está indicada la dimensión propiamente eclesiológica. ¿En cuál Iglesia creemos? ¿Cuáles son las exigencias mayores para consolidar su unidad? En medio de las tensiones entre lo institucional, lo carismático, lo profético, ¿cuáles son los criterios para superar posturas parcializadas en una nueva y vigorosa síntesis que evite desgarramientos en el pueblo de Dios, en el Cuerpo místico? ¿Cómo hacer que la Iglesia evangelizada, portadora de las riquezas del Reino, sin que se identifique plenamente con El, sea, a la vez, la comunidad que evangeliza, sobre todo a los más pobres? El tema de los pobres vuelve a ocupar aquí toda su importancia, abordado ahora en una perspectiva fundamentalmente teológica. Este tema ha suscitado interesantes controversias. No es siempre fácil hacer la tipificación del pobre y desentrañar toda la riqueza que representan las bienaventuranzas. La confusión puede venir de diferentes polos: quienes interpretan al pobre, solamente en cuanto a su situación económica, yendo con una visión política hacia los mismos, de tal forma que los pobres son concebidos como las "clases populares", como el "proletariado", como una *clase social revolucionaria*, caso en el cual hablar de que los pobres tienen un lugar en la Iglesia y que a ellos se anuncian las riquezas del Reino sonaría a alienación, a opio; o por otra parte, quienes en una interpretación "espiritualizante" reducirían el compromiso de la Iglesia con los pobres a una iterada catequesis en la que no se incluye un esfuerzo coherente de promoción humana, de lucha por la justicia, en actitud solidaria con sus aspiraciones profundas, de cambio de una sociedad injusta, terriblemente desigual, en que la abundancia de unos pocos, incluso su refinamiento contrasta con el clamor de los humildes. Nuevamente aquí, por expresa indicación de los participantes en las Reuniones Regionales, se ha pretendido hallar una síntesis que dé cuenta de la realidad de nuestro pueblo latinoamericano, pobre, en vastas proporciones económicamente miserable, pero a la vez creyente. Con una fe que no debe ser pábulo para la prolongación de tal situación, sino resorte, estímulo, aliciente, —a partir de la fe— para su superación.

Conectado con el tema de los pobres, de la cultura latinoamericana, se estudia, muy sumariamente, (el CELAM ha dedicado un Encuentro continental a la cuestión), lo relativo a la Religiosidad Popular o piedad popular, cuyo rescate, cuyo redescubrimiento, ha sido oportunamente señalado en el Sínodo de la Evangelización y recogido en la *Evangelii Nuntiandi*.

Continúa el marco, llamado de la *Doctrina Social*, al cual de paso nos hemos referido anteriormente. Quiere ser una creativa acogida de la Enseñanza Social de la Iglesia la cual, si durante algunos años pasó por un cierto eclipse —provocado artificialmente— entre nosotros, ahora está reconquistando su derecho a la presencia para ser inspiradora en la convivencia social. A esta altura, se hace un rápido examen y confrontación con algunas ideologías imperantes y

de fuerte influjo; unas con inmensa repercusión política; otras con relativa incidencia en sectores de la Iglesia y en ciertos matices del pensamiento teológico-pastoral.

La posición de fondo se deriva de una mirada crítica hacia esas ideologías que llevan en sí el germen de inaceptables absolutizaciones de carácter político que generan polarizaciones, integrismos de distinto signo: los integrismos revolucionarios o los denominados integrismos de derecha.

No son los temores o las reservas lo que constituye el tejido esencial de esta parte, sino la urgencia de despejar el camino para la aplicación más decisiva de los grandes principios de la doctrina social, en un servicio auténtico para el desarrollo integral. Ese paso a situaciones más humanas que en América Latina exige el concurso de la evangelización.

Aparecen aquí los temas básicos de la comunidad de bienes, la democracia, la calidad de la vida y la opción que supera las variadas formas de idolatría para consagrar al hombre en una relación genuina con la naturaleza, con los demás hombres, en su responsabilidad y quehacer histórico.

Respecto de la Teología de la Liberación se recuerda la variedad de planteamientos, de vertientes existentes y se recoge como algo fundamental, en síntesis, la enseñanza de Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi*. Hay una liberación cristiana que la Iglesia debe hacer nacer y que es respuesta al clamor de millones de hermanos. Esta tiene su raíz en la evangelización. El anuncio del Evangelio tiene que conducir a ello porque la acción por la justicia, como lo recordaba el Sínodo de 1974, hace parte integrante de la evangelización. Pero hay que distinguir esta liberación de otras, ambiguas, parcializadas, radicalizadas, muy difundidas en América Latina y que han rebasado nuestras fronteras hasta llegar, como si fuera un pensamiento original nuestro, a otros continentes y latitudes. Permítaseme decir, que esa vertiente de la Teología de la Liberación, tributaria de la globalidad del análisis marxista ni es original de América Latina ni representa lo mejor de nuestro esfuerzo pastoral ni tiene la aceptación que se presupone en nuestras bases ni ha encontrado carta de ciudadanía en el pensamiento de nuestros teólogos. Así haya numerosos simpatizantes y toda una cadena de información para cantar sus presuntas excelsitudes. Muy seguramente la Conferencia de Puebla no podrá eximirse de oportunas precisiones en esta materia, recogiendo lo mejor, en una síntesis nueva y profunda, sin silenciar los reparos que pueden costar y están costando caro a la misma pasotral.

3. La tercera parte del Documento está dedicada a la *Acción Pastoral* de la Iglesia. Es la más esquemática, porque se ha pensado que debe ser la que más aportes reciba de las mismas Conferencias Episcopales, de los organismos e instituciones consultados. En síntesis, se presentan algunos rasgos de la situación actual, en numerosas áreas pastorales como la familia, la cultura, la educación, la comunicación social, la catequesis, la liturgia, la juventud, con sus prioridades evangelizadoras. Se da gran importancia a los agentes de pastoral no sin mostrar cómo respecto de los sacerdotes y de las vocaciones sacerdotales ha habido una crónica penuria que es preciso remediar, aunque se haya presentado cierto repunte alentador en los últimos años.

No quiero tratar otros puntos para no prolongar estas sencillas reflexiones y para evitar el simplismo en el tratamiento de tan múltiples y variadas unidades.

### III. Conclusión

He querido ofrecer un panorama general de lo que comporta la Conferencia de Puebla; de la etapa de preparación y del tratamiento dado en forma muy provisoria al Documento de Consulta que hoy está suscitando la reflexión por doquiera.

Es un momento, repito, de reflexión total y de síntesis creadora. El logro de esta síntesis es vital para la Iglesia. El futuro de la vida de la Iglesia está en juego. De eso nos damos cuenta. De esta realidad provienen incluso las tensiones, porque Puebla no será una nueva etapa de formalismo en una época en que proliferan los Encuentros y las Reuniones, sino que será un grande acontecimiento eclesial; un hecho histórico, en el cual tienen que tomarse para no pocos años opciones básicas y fundamentales.

En tal sentido, Puebla es ante todo una gran opción eclesial. Opción que recubre una serie de opciones específicas, tantas como temas medulares se propongan, varios de los cuales están saliendo a flote con singular claridad. Las reacciones que se van conociendo, hasta la fecha todavía en el campo de los teólogos y expertos en distintas disciplinas, muy positivas, constructivamente críticas, o de airado rechazo, van haciendo que emerja no la cresta de islotes dispersos a través de los cuales hay que navegar, sino de ingentes iceberg, que son grandes centros de referencia de toda reflexión teológica y de todo quehacer pastoral. ¿Por dónde debe enrumbarse la Iglesia? ¿Cómo evangelizar en el preludio de este tercer milenio, agitado, complicado, incluso agresivo, en el que las situaciones se vuelven tensas, eruptivas? ¿Cómo hacer que la fe influya asumiendo la historia desde sus raíces, desde la cultura, sin que sea penetrada y distorsionada por las ideologías? ¿Cómo lograr que la Iglesia, comunidad evangelizada, en la unidad fundamental, cimentada en la fe y en una caridad activa y eficaz, en una esperanza de la que debe dar razón, haga que la hermosa oración que Pablo VI compuso para la Conferencia de Puebla se vuelva una consoladora realidad? "Ilumina, Señor, a nuestros Pastores para que, unidos a la sede de Pedro, den un nuevo impulso a la evangelización en nuestro continente latinoamericano".